

.....
RESEÑAS DE LIBROS

*Land power: who has it, who doesn't,
and how that determines the fate of societies*

LEONARDO NÚÑEZ GONZÁLEZ

Recibido: 13 de mayo de 2025. Aceptado: 13 de mayo de 2025.

Una de las preguntas clave para descubrir casos de corrupción es tan sencilla como poderosa: ¿de quién es realmente eso que estoy viendo? No importa si se trata de un departamento en un edificio que se construyó torciendo las leyes, un terreno baldío en el que tiene su dirección una empresa fantasma o una lujosa mansión en alguna zona exclusiva dentro o fuera del país, cuando se logra identificar que detrás de alguna propiedad hay intereses políticos y económicos que se entrelazan,

.....

Leonardo Núñez González. Director de la Unidad de Investigación Aplicada, Mexicanos Contra la Corrupción y la Impunidad (MCCI) (correo electrónico: leonardo.nunez@contralacorrupcion.mx) .

estamos ante una revelación que desnuda un régimen de complicidades corruptas.

Cuestionarse algo tan elemental como quién es el dueño de la tierra puede parecer una pregunta que ya no tiene la misma relevancia intelectual a la luz de tantas teorías, análisis e investigaciones más sofisticadas en las ciencias sociales. Aunque, considerada con seriedad y de manera sistemática, puede llevarnos al postulado con el que comienza el último libro de Michael Albertus —profesor de ciencia política en la Universidad de Chicago—: todos los caminos de cualquier sociedad llevan de vuelta a la pregunta sobre la tierra, pues ahí está el origen y destino del poder económico, social y político. El objetivo del libro es analizar «qué sucede cuando el poder de la tierra cambia de manos y cómo

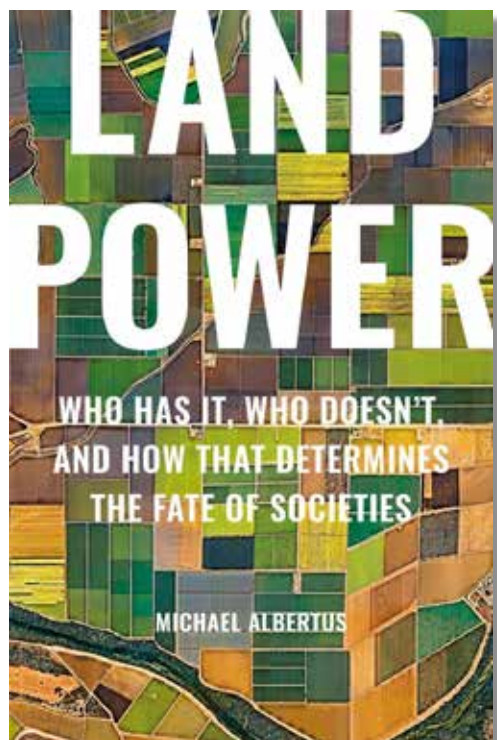
eso determina el futuro de una sociedad en los siglos por venir».

En particular, el autor identifica cuatro problemas que surgen y se replican en función de cómo la tierra ha cambiado de manos a lo largo de la historia de la humanidad: la jerarquía racial, la desigualdad de género, la destrucción del medio ambiente y el estancamiento económico.

Para analizar estos fenómenos, el alcance de la obra es tan ambicioso como fascinante, pues recorre la historia de sociedades de todo el mundo preguntándose quién y cómo se ha adueñado de la tierra, desde sus orígenes hasta la actualidad. La obra no sólo es un recuento histórico lleno de evidencia documental, estadística y anecdótica, sino también un esfuerzo analítico por identificar patrones de organización de la propiedad de la tierra (y, más importante aún, de su reorganización) para identificar orígenes, trayectorias, consecuencias y desafíos comunes.

Tierras sin dueños

La primera parte del libro se compone de dos capítulos que constituyen el andamiaje teórico de la obra. En el capítulo 1, «Tierra y poder en la historia de la humanidad», se recorre de manera general las trayectorias de las sociedades desde que la tierra era un bien abundante hasta su apropiación



Michael Albertus (2025). *Land power: who has it, who doesn't, and how that determines the fate of societies*. New York: Basic Books.

.....

o concentración extrema en unas cuantas manos entre los siglos XVI y XVIII. Hasta antes de la Revolución francesa, Albertus analiza cinco modelos de propiedad que predominaron en esa época.

Primero, propiedad originaria indígena, en donde diversas sociedades usaban

comunalmente tierras todavía no alcanzadas por los Estados o imperios, como sucedía en la costa oeste de América del Norte. Segundo, pequeños granjeros dueños de la tierra, donde la situación geopolítica permitió la existencia de pequeñas propiedades individuales sin competencia significativa con otras comunidades, como en el este de Norteamérica, el norte de Argentina o el este de Australia. Tercero, propiedad de señores-campesinos (*lord-peasant*), donde una pequeña élite se adueñó de grandes extensiones de tierras y los campesinos estaban atados a ellas para su propia subsistencia bajo las órdenes (e incluso propiedad) de los propietarios. Cuarto, dueños de tierras con arrendatarios, donde los campesinos tenían que cumplir una serie de obligaciones o cuotas para trabajar la tierra de los dueños, como en Irlanda o China. Por último, haciendas, en donde la característica principal fue la organización basada en una élite europea de terratenientes que se impuso a comunidades originarias.

En el siguiente capítulo, «La gran reorganización», el autor analiza cómo las tensiones generadas por cada uno de los modelos descritos en la sección anterior —donde tres de ellos llevaron a una gran concentración, con 5% de los propietarios controlando alrededor de 80% de la

tierra— orilló a episodios como la Revolución francesa, donde se tomaron decisiones deliberadas sobre quiénes podrían tener qué tierras y, por lo tanto, quién tendría poder y quién no. Este proceso de reorganización de la propiedad no sucedió al mismo tiempo en todos los lugares, pero en el siglo xx casi la mitad de los países del mundo habían puesto en marcha algún tipo de proceso para cambiar de manos la propiedad de la tierra, afectando así a cerca de dos mil millones de personas.

Sin embargo, no es lo mismo un levantamiento popular que exige justicia y la repartición de la propiedad de los grandes terratenientes que la acción deliberada para despojar a comunidades originarias y repartir sus tierras. También hay diferencias importantes en cómo se entrega la tierra. Es muy diferente un modelo en que el gobierno centraliza la decisión de a quién se le da o se le quita la propiedad en lugar de, por ejemplo, episodios como los que sucedieron en Oklahoma la tarde del 22 de abril de 1889. En un solo día, alrededor de 50 mil personas se juntaron en una línea de salida para una carrera organizada por el gobierno; más de 800 mil hectáreas se repartieron en un solo día bajo la lógica de que el primero en llegar tenía derecho a reclamar un terreno de hasta 160 acres (64 hectáreas) por cabeza.

A partir de estas diferencias, el autor establece cuatro tipos de políticas de reorganización: 1) reformas colonizadoras, donde el control administrativo y militar de los Estados permite tomar por la fuerza tierras en posesión de alguien más; 2) reformas de colectivización, donde se despoja a grandes propietarios y el Estado se convierte en el nuevo administrador bajo figuras de propiedad colectiva, como sucedió en Rusia o China; 3) reformas para dar tierra a quien la trabaja, donde se repartieron pequeñas propiedades entre quienes antes eran peones o granjeros, como en Japón, Corea del Sur, Taiwán, Vietnam o El Salvador, y 4) cooperativas, que es un modelo parecido a la colectivización, pero donde el Estado realiza una transferencia de la administración a entes colectivos, como fue el proceso de repartición de tierras ejidales en México.

En todos estos procesos los gobiernos son los actores principales, que reorganizan la propiedad y no se hacen a un lado una vez que se realiza el cambio de ella, sino que usan la tierra para apuntalar sus proyectos nacionales, ganar apoyo político, ejercer control social y crear nuevos ganadores y perdedores. Por ello, las claves que revelan por qué la tierra sigue conectada a los problemas del presente se encuentran en cuáles políticas de reorga-

nización de la propiedad de la tierra se eligen y cómo se realizan.

Cómo la tierra creó nuestros mayores problemas

La segunda parte del libro contiene cuatro capítulos, que combinan las categorías de la sección previa para usarlas como marco de referencia sobre las consecuencias y los riesgos de la implementación de los diferentes tipos de políticas de reorganización. En cada sección, el autor utiliza casos de estudio sobre las trayectorias y acciones empleadas para cambiar de manos la tierra en diferentes países y mostrar cómo se encuentran en el corazón de diferentes problemas públicos actuales.

El capítulo 3, «Tierras divididas por la raza», hace un recorrido detallado por la historia de Palm Springs, California, para entender cómo la jerarquía racial entre colonos estadounidenses y las tribus cahuilla de Agua Caliente no sólo se entiende por el despojo inicial de las tierras indias y la creación de reservas, sino también por el uso sistemático de la propiedad como herramienta para replicar y mantener esa desigualdad hasta la actualidad. En los lugares en que el gobierno estadounidense no se lanzó al exterminio y el desplazamiento total de las comunidades originarias, las reglas sobre la tenencia de la tierra

fueron su mejor arma para diezmarlas y sumirlas cada vez más en la miseria.

Donde antes había comunidades originarias que usaban la tierra como un bien comunal —como fue en todo el valle de Coachella—, el gobierno creó sistemas de «tablero de ajedrez» para redistribuirla. Entre 1862 y 1871, las autoridades aprovecharon el avance del tren al oeste para dividir la propiedad en cuadros de seis por seis millas, que numeraron de manera consecutiva: los números nones se entregaron a las compañías ferrocarrileras para su venta a los colonos, mientras que los pares se «entregaron» a los sobrevivientes de las comunidades originarias, con la salvedad de que sólo podrían ocuparlos y no poseerlos.

Fragmentadas y despojadas, las comunidades cahuillas fueron decayendo generación tras generación, pues sin la propiedad de su tierra quedaron legalmente excluidos del acceso a servicios públicos, derechos básicos y derechos políticos, lo que abrió una brecha que se convirtió en abismo con el paso del tiempo. Con este y otros métodos, alrededor de 1.6 millones de personas se apropiaron de 109 millones de hectáreas, un territorio del tamaño de Texas y California juntas. Hoy, Palm Springs es el lugar de algunas de las mansiones más extravagantes y lujosas de

estrellas de Hollywood, mientras que los cahuillas sobrevivientes continúan peleando contra un sistema jerárquico-racial que sigue vigente.

Si el vínculo entre la tierra y la desigualdad racial no es tan novedoso desde ciertas perspectivas, al avanzar al capítulo 4, «Esta tierra es tierra hombres», es evidente el papel de la propiedad como elemento clave para entender las brechas de género y la decisión explícita de utilizarla en ese sentido. En este apartado, el caso principal de estudio es el proceso de repartición de tierras cuando Canadá realizó su propio avance hacia el oeste. Entre 1872 y 1930, las autoridades crearon programas parecidos a los de Estados Unidos, en los que se repartieron terrenos de 160 acres a cambio de una cuota simbólica de registro y la promesa de cultivarlos.

Alrededor de 40 millones de hectáreas (territorio similar al combinado de Chihuahua y Sonora) fueron entregadas a nuevas manos; pero todas ellas fueron masculinas, pues la ley prohibió explícitamente a las mujeres ser beneficiarias del programa o propietarias. «Esta fue una de las transferencias de riqueza a los hombres más grandes de toda la historia», destaca Albertus al analizar cómo esta decisión inició una serie de consecuencias en cadena que llevó a las mujeres a una situación

de desigualdad que todavía hoy persiste, pues la gran reorganización canadiense definió una trayectoria de dependencia y opresión de largo plazo.

Con estos mismos lentes, el autor analiza también la reorganización de la tierra en India después de su independencia, donde las leyes y normas societales excluyeron a las mujeres de la herencia de la propiedad. También aborda el caso de El Salvador, donde el régimen militar decidió en 1980 hacer un gran proceso de expropiación de casi un quinto de la tierra cultivable y su repartición, pero con reglas que también terminaron poniendo a las mujeres en un segundo plano. «Obtener tierra es como tomar una escalera eléctrica hacia el estatus y el poder. Las políticas de reorganización han puesto a los hombres en ellas y dejado a las mujeres subir a pie los escalones», explica el autor.

En el quinto capítulo, «La naturaleza salvaje en desaparición», la atención pasa de quién recibe la tierra en los procesos de cambio de propiedad a cómo ésta es utilizada. Debido a que la reorganización de la tierra implica una reorganización de poder, esto genera incentivos para que los gobiernos utilicen esta herramienta de manera descontrolada, sin importar las consecuencias para el medio ambiente. En esta sección se analiza el caso de la co-

lectivización de la propiedad en China, en donde las políticas de Mao tocaron a más de 430 millones de campesinos y llevaron a una deforestación tan grave que provocaron el avance del desierto, inundaciones, desaparición de especies y la hambruna.

Igualmente, se detalla cómo los gobiernos militares de Brasil lanzaron la Operación Amazonas, con la que inició la deforestación masiva de la selva con proyectos como la autopista transamazónica, que abrió un camino de más de cuatro mil kilómetros en la naturaleza mientras se repartieron alrededor de 76 millones de hectáreas (más que todo Texas) entre un millón de familias. Así, la relación entre la posesión de la tierra y la destrucción de la naturaleza está mediada por la ambición de los beneficios políticos y económicos que obtienen los gobiernos que ejecutan la reorganización.

Este problema es analizado a profundidad en el capítulo sexto, «El manual del subdesarrollo», donde se pone de manifiesto cómo los gobiernos no sólo carecen de incentivos para cuidar la naturaleza cuando se trata de repartir tierra de manera discrecional, sino que tampoco tienen freno para no lucrar políticamente con esta herramienta. En este apartado la corrupción se vuelve protagonista, y los casos para ejemplificarla son los procesos

de repartición de tierra en México (que llevó a que actualmente cerca de 51% de la tierra sea propiedad colectiva), Venezuela e Italia. Una cita de Plutarco Elías Calles como secretario de Gobernación resume la lógica del capítulo: «el mejor método para controlar a esta gente es simplemente diciéndoles: si quieres tierra tienes que apoyar al gobierno, si no estás con el gobierno, no tienes tierra».

Así como una reorganización irresponsable destruye la naturaleza, para el autor el uso sin escrúpulos de la tierra como mecanismo de creación de clientelas políticas está en el corazón del problema del desarrollo económico, pues los gobiernos prefieren utilizar la tierra para su beneficio inmediato y permanencia en el poder que para potenciar el crecimiento.

Después del largo recorrido por los múltiples riesgos y problemas que puede implicar la reorganización, la última parte del libro, «La tierra como solución», presenta cuatro capítulos que son un espejo

de la sección anterior, pero con ejemplos de cómo la tierra puede ser utilizada para corregir los mismos males sociales, económicos, políticos y ecológicos que causó. Diversas políticas públicas de Colombia, Perú, Chile, España y Sudáfrica aparecen como ejemplos de que cambiar de manos la propiedad de la tierra sigue abierta como una herramienta a disposición de los gobiernos y las sociedades, pero siempre con la advertencia de que es necesario recordar que los poderes político, económico y social siguen pasando por quién controla y quién tiene la tierra.

Referencia

Michael, A. (2025). *Land power: who has it, who doesn't, and how that determines the fate of societies*. Basic Books.